

ta, bastante dueño de la lengua, para plegarla á todas las exigencias del ritmo y del pensamiento.»

Resumiendo los servicios que Catulo prestara á la métrica latina, al adoptar los metros variados de los yambógrafos, de los elegiacos, de los líricos y de los épicos griegos, podemos decir que superó á Arquíloco en el empleo de los yambos puros, y á Hiponax en la estructura de sus coliambos; que fué el primero que hizo uso del pentámetro; que nadie mejoró el vigor y armonía de sus endecasílabos; que pocos igualaron ó imitaron sus estrofas glicónicas y sus galiambos; que sólo Horacio pudo excederle en la imitación de la estrofa sáfica y del gran asclepiadeo, y que tan sólo Virgilio y Ovidio mejoraron su hexámetro.

Si Catulo, por el fondo de sus poesías, es el principal de los líricos latinos, por la riqueza de su métrica, y la excelsitud de su arte, es el primero de los poetas de Roma.

Catulo pudo decir como Horacio, en su Oda á Apolo: VI, Lib. IV:

Spiritum Phoebus mihi, Phoebus artem,  
Carminis, nomenque dedit poetae.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «Febo me dió la inspiración y el arte del canto y el nombre de poeta.»



#### LOS IMITADORES DE CATULO.

#### XIII

Para medir la importancia de un poeta, no hay medio mejor ni más seguro, que precisar la influencia ejercida por él sobre sus contemporáneos y sobre sus pósteros. Un gran poeta, deja siempre impresa honda y perdurable huella sobre su tiempo, y extiende tanto más su influencia sobre el futuro, cuanto mayor es el valor de su obra, y cuanto es más humano su genio.

Si aplicamos esta regla á Catulo, vendrá á demostrar una vez más el altísimo puesto que le corresponde en la literatura latina, porque ninguno otro poeta ha sido más admirado, porque ninguno otro ha sido más imitado que él por los grandes poetas del

siglo de Augusto, y posteriores á éste, y porque ninguno ha ejercido mayor influencia á medida que el tiempo, al transcurrir, lo ha ido levantando como sobre grandioso é inmovible pedestal.

Horacio, entre los poetas del siglo de Augusto, es el que menos amó al poeta de Verona. Los recuerdos de Catulo vivían con tal frescura en la memoria del pueblo romano, que tal vez, aun después de su muerte, siguió siendo un rival poderoso para Horacio. Sin el veneno que en las almas deja la envidia cuando en ellas clava su aguijón punzante, no hallaría explicación satisfactoria la única alusión que hizo Horacio en sus Sátiras, respecto de Catulo y de su amigo Licinio Calvo. En la Sátira X del Libro I, Horacio da su opinión acerca de Lucilio, le reprocha su falta de concisión, critica la abundancia de su lenguaje, porque fatiga los oídos de sus oyentes, y si reconoce que es un mérito hacer reír al auditorio, recuerda que eso no basta para que un poeta pueda merecer el nombre de poeta clásico. Los autores de la comedia antigua, los griegos sin duda, son para él grandes poetas; pero jamás los han leído Tigelio, Hermógenes, ni el mono de Demetrio, que no sabe hacer otra cosa que cantar en toda ocasión, versos de Calvo y de Catulo.

¿El reproche dirigido á Demetrio, y su empeño de contraponer los cómicos antiguos, respecto de Calvo y de Catulo, no da idea de la secreta irritación que le produjera la popularidad de Catulo, y el que sus ver-

sos fueran los únicos que Demetrio cantara de toda preferencia?

Algunos comentadores de Horacio, entre otros Arthur John Maclean,<sup>1</sup> creen que no era su intento rebajar el mérito de Calvo y de Catulo, y expresar acerca de ellos una triste opinión; pero no debe olvidarse el concepto que Horacio tiene del gusto literario de Demetrio, porque si le complace que sus obras merezcan la aprobación de sus amigos Plocio y Vario, Mecenas, Virgilio y Valgio, manda á Demetrio y á Tigelio á llorar á sus cátedras con sus discípulos.

.....Demetri teque, Tigelli  
Discipulorum inter jubeo plorare cathedras.

Horacio hace alarde de desconocer la obra llevada á cabo por Catulo, y si él se atribuye ser el primer poeta latino que imitara á Alceo, también nos dice en su Epístola XIX, dirigida á Mecenas, que él fué quien mostró primero al Lacio los yambos de Paros, haciendo uso de los metros y el espíritu de Arquíloco.

Luciano Müller<sup>2</sup> ha ensayado por su parte explicar el pasaje de Horacio, y cree que no quiso referir-

<sup>1</sup> Quinti Horatii Flacci Opera Omnia with a Comentary by the Rev Arthur John Maclean. London, 1894, páginas 427 y 428.

<sup>2</sup> Luciani Muellari. De re Metrica Poetarum Latinorum Lipsiæ. In ædibus B. G. Teubneri A. MDCCCLXI, pág. 92.

se al empleo del trimetro, que fué usado tanto por Arquíloco como por los autores dramáticos griegos, sino á los sistemas yámbicos que imitó en sus Epodos. La explicación es ingeniosa; pero no destruye el cargo que siempre se ha formulado contra Horacio, por no haber confesado que Catulo, antes que él, y con más pureza que el mismo Arquíloco, había presentado al pueblo del Lacio, el acabado modelo de los yambos de Paros.

Por último, ¿no desconoció el Venusino el mérito de Catulo cuando en la Oda XXX del Libro III, declaró que á él sólo era deudora la poesía latina de las adaptaciones de los metros eólicos?

Pues bien, á pesar de todas estas circunstancias, Horacio fué de los primeros en imitar á Catulo, ó como lo pretenden los que á Horacio defienden á todo trance, en imitar los mismos modelos griegos que Catulo antes que él había seguido.

Horacio imitó, y siguió más ó menos de cerca á Catulo en su oda XXXVIII del Libro I; en la XXI del Libro I; en la VI del Libro II; en la IX del Libro III, y en la XII del Libro IV.

Diferentes son, sin duda, los procedimientos que han seguido, Catulo al escribir su Oda XXVII, y Horacio en la XXXVIII del Libro I; pero en ambas se celebran los deleites de la vida á la griega, los placeres del vino, ya sea que se beba á la sombra de la vid frondosa, ó ya que el vino se beba puro, como lo or-

dena el padre Dionisios. Los asuntos son muy parecidos. Catulo invita á su esclavo á que le sirva de beber vino añejo de Falerno, pero prefiere el más amargo, cumpliendo con los mandatos de Postumia. El vino, dice, debe beberse puro como lo ordena Baco. Horacio recomienda á su esclavo que no se afane en buscarle las rosas tardías, y le recomienda que le ofrezca tan sólo una corona de mirto, porque esa es la que más le asienta cuando bebe á la sombra de la vid. Los dos cuadros son de pequeñas dimensiones. Siete endecasílabos tiene el de Catulo, y dos estrofas sáficas el de Horacio, pero ambos son de una exquisita elegancia. La imitación no está en los detalles, sino en el fondo, y las dos obras se corresponden de tal modo, que no puede leerse una, sin pensar al punto en la otra. Mientras que Horacio emplea gran sencillez y nobleza en la expresión, Catulo hace uso del lenguaje de la conversación, y de una exquisita familiaridad; pero los dos poetas á porfía dan muestra de una infinita gracia, que es uno de los más necesarios elementos de la poesía lírica.

Otra imitación de esta índole es la que se descubre en el hermosísimo diálogo de Horacio y Lidia, cuando se le parangona con el dulce diálogo de amor de Acme y Septimio. El diálogo de Catulo es una canción del amor compartido sin recelos y sin dudas. Septimio tiene á Acme entre sus brazos, y le murmura al oído, que si, no la ama rendidamente, consiente de

buen grado en ser devorado por los leones de glaucos ojos que habitan en la India y en la Libia. Acmé, al besar los ojos de su amante, le confiesa que es más abrasadora aún la llama amorosa que corre por sus venas, y que él habrá de ser su solo y eterno dueño. El diálogo de Horacio es la grata reconciliación de los amantes celosos, que después de confesar las mutuas debilidades, convienen en que han sido formados el uno para el otro, y que por esa razón se prefieren mutuamente. La imitación, más que en la idea misma que informa á los dos poemas, se ve en los procedimientos empleados por ambos poetas, para cantar las dulces satisfacciones del amor compartido por igual.

Imitación que sin discrepancia han señalado todos los comentadores de Horacio, desde Muret y Dionisio Lambino, es la que llevó á término en la Oda XII del Libro IV, dedicada á Virgilio, respecto de un pasaje de la Oda XIII, que Catulo consagró á su amigo Fabulo.

La Oda de Catulo dice así:

Bien en mi casa comerás, Fabulo,  
Dentro de poco si los dioses quieren,  
Si tú la cena en abundancia traes,  
Si hermosa niña á acompañarnos viene,  
Y si el vino y el chiste y la alegría  
Tú al venir me trajeres.  
Todo has de darlo; que Catulo sólo  
Telas de araña en sus bolsillos tiene.

Mi amor sincero te daré yo en cambio,  
Y el mejor entre todos los deleites,  
El perfume exquisito que las Gracias  
Y los Amores á mi niña ofrecen;  
Y ser todo nariz, ¡oh mi Fabulo!  
Pedirás á los dioses si lo hueles.

El pasaje de Horacio es el siguiente:

La sed aviva la estación, Virgilio;  
Mas si un Caleno saborear deseas  
Tú, favorito de mancebos nobles,  
El vino ansiado con perfumes trueca.  
Bote pequeño de perfumes trae,  
Y entonces beberás el dulce néctar  
Que da esperanzas y que penas cura,  
Guardado de Sulpicio en las bodegas.  
Rápido ven trayendo tus perfumes  
Si nuestras dichas compartir deseas;  
Sin que nada te cueste, yo no quiero  
Cual lo hace el rico, que en mis copas bebas.

Como se ve, el fondo de las dos Odas es casi el mismo, y si Catulo invita á cenar á Fabulo á condición de que traiga todo menos los perfumes, Horacio ofrece á Virgilio sabroso Caleno que guarda Sulpicio en sus bodegas, á condición de que lleve un bote de perfumes. La diferencia entre ambas piezas, consiste únicamente en el tono de cada una de ellas, porque la de Catulo, más que otra cosa, es una carta escrita á su amigo en lenguaje familiar.

Horacio imitó todavía á Catulo, en la Oda á Diana y á Apolo, que es la XXI del Libro I. En lugar de la estrofa de tres glicónicos y un ferecrasio, empleada por Catulo, Horacio presenta otra compuesta de dos asclepiadeos, un ferecrasio y un glicónico; pero la forma que toma el himno cantado por coros de niños y de niñas, el desenvolvimiento del asunto al hacerse la enumeración poética de los sobrenombres de Apolo y Diana, y las invocaciones con que terminan, son por tal modo iguales, que no es posible poner en duda el parentesco que entre ellas existe.

El himno de Catulo á Diana, lo hemos insertado ya en otro lugar, y para hacer fácil la comparación, reproducimos en seguida el de Horacio:

¡Virgenes tiernas! celebrad á Diana,  
¡Cantad, oh, niños! al intonso Apolo  
Y á la que adora el soberano Jove,  
Madre Latona.

Niñas! cantad á quien los bosques ama,  
Que al fresco Algido con sus frondas cubren;  
Y ama las selvas de Erimanto y Crago  
Y ama los ríos.

¡Cantad, oh, niños! celebrad á Tempe,  
Cantad á Delos do naciera Apolo;  
Del dios la espalda que el carcaj reviste  
Y orna la lira.

Sobre los Persas y el Bretón, Apolo  
Al ruego blanco arrojará la peste,  
La guerra, el hambre del romano lejos,  
Lejos de César.

Si como algunos críticos lo indican, Horacio no copió al poeta de Verona, es forzoso, cuando menos, establecer que ambos imitaron algún himno de Safo, aunque Horacio se haya acercado un poco más á su modelo. En efecto, Horacio fué más griego que Catulo al hablar de Diana y Apolo, y al enumerar los lugares amados por la una, y aquellos donde el otro nació, y fué purificado después de la muerte de Pyton; pero en cambio, Catulo fué más romano, porque la Diana de los latinos estaba más particularmente asociada con los bosques, por lo cual Virgilio, en la Eneida, Libro II, 557, hubo de llamarla «*nemorum cultrix*.»

De todas maneras, los dos himnos tienen mucha semejanza entre sí, y ellos bastan para dar á conocer su filiación común.

Por último, Horacio imitó la Oda XI de Catulo á Furio y Aurelio, en el principio de la Oda VI del Libro II, dedicado á Septimio. Catulo dijo:

Furio y Aurelio, de Catulo amigos:  
Ora penetre en laslejanas Indias  
Do el mar de Oriente con sonantes ondas  
Bate la playa;

Ora en la Hircania, ó en la Arabia muelle,  
Ya donde habitan flechadores Partos,  
Ó donde el Nilo con sus siete bocas  
La mar enturbia;

Ora transponga los excelsos Alpes  
Donde de César los trofeos véense,  
Ya el Rhin alcance ó al Bretón visite  
Fiero y lejano;

Sé que mis pasos seguiréis, doquiera

La Oda de Horacio comienza así:

Tú, que hasta Gades de seguirme hubieras,  
Y á la Cantabria, á nuestro yugo indócil,  
Y hasta las Sirtes, do las aguas hierven  
De Mauritania.

La imitación es de tal modo clara y perceptible, que parece que no puede dar lugar á duda. No obstante, Mr. A. Platt, en el «Journal of Philology» número 41, citado por E. C. Wickham,<sup>1</sup> en su edición de Horacio, intenta demostrar que la imitación no es posible, tanto porque á su juicio sería la única vez que Horacio imitara á Catulo en sus odas, como porque la

<sup>1</sup> Quinti Horati Flacci Opera omnia. The works of Horace with a commentary by E. C. Wickham. Oxford, 1876. Vol. I, págs. 144 á 145.

Oda de Catulo tiene un tono irónico y burlesco, del cual carece la de Horacio. Mr. Platt sugiere, como la mejor de las soluciones, que Catulo y Horacio siguieron, independientemente, algún modelo de Alceo. Olvida Mr. Platt, al proponer su solución, que el mismo Horacio dijo que ninguna boca latina antes que la suya, había hecho conocer los acentos de Alceo.

Pero ¿es cierto que la Oda de Catulo tenga el sentido irónico que no sólo Mr. Platt, sino Haupt, Schwabe y Schmidt<sup>1</sup> le han atribuido? Robinson Ellis, apoyándose en el carácter de Catulo, cree que no existe el tono burlesco, y precisamente se funda en esa conjetura, para establecer que Horacio imitó al gran poeta lírico latino.

Todavía, ahondando un poco más nuestro estudio, pudiéramos descubrir en las odas de Horacio, frases, locuciones y giros de Catulo; pero esto tal vez pudiera llevarnos demasiado lejos, y á nuestro intento basta hacer ver tan sólo la influencia del poeta de Verona sobre Horacio, su continuador y su émulo en la poesía latina.

Catulo fué también imitado por Virgilio, á pesar de que el genio de este gran poeta parecía alejarlo de la poesía lírica.

Macrobio,<sup>2</sup> en las Saturnales, cuando por boca de

<sup>1</sup> Véanse las citas de la pág. 247.

<sup>2</sup> Macrobius. Obra cit., Lib. VI.

Furio Albino nos hace saber las imitaciones que Virgilio hizo de los antiguos escritores romanos, presenta dos pasajes que, casi más que imitaciones, merecen el nombre de plagios. Virgilio dijo en la *Égloga IV*, verso 46.

Talia saecla, suis dixerunt currite fuis.<sup>1</sup>

Y Catulo, en el poema de Tetis y Peleo, verso 327, había dicho:

Currite ducentes subtegmina, currite, fusi.<sup>2</sup>

Virgilio, en el Libro IV de la *Eneida*, verso 657 y 658, escribió:

Felix heu! nimium felix si litora tantum  
Nunquam Dardaniæ tetigissent nostra carina!<sup>3</sup>

y antes, en el propio poema de Tetis y Peleo, Catulo había dicho:

Juppiter omnipotens, utinam ne tempore primo  
Gnosia Cecropiæ tetigissent litora pupes.<sup>4</sup>

1 Hilad siglos tales, dijeron á sus husos.

2 Husos, hilad, hilad la trama.

3 Feliz, ¡ay! demasiado feliz si los buques dardanos no hubiesen tocado nuestras playas.

4 Júpiter omnipotente ¡ojalá que los buques troyanos no hubiesen tocado las playas de Creta!

Independientemente de lo dicho por Macrobio, pudiéramos señalar otros pasajes, en que es más visible todavía la imitación de Catulo.

*Eneida*, Libro IV, verso 10.

Quis novus hic nostris succedit sedibus hospes!<sup>1</sup>

Catulo, Tetis y Peleo, verso 176.

Consilia, in nostris requiesset sedibus hospes!<sup>2</sup>

*Eneida*, Libro I, verso 637.

At domus interior regali splendida luxu.<sup>3</sup>

Tetis y Peleo, verso 46.

Tota domus gaudet regali splendida gaza.<sup>4</sup>

Virgilio, *Eneida*, Libro VI, verso 30.

Cæca regens filo vestigia.<sup>5</sup>

1 ¿Quién (es) ese nuevo huésped que ha entrado en nuestras casas?

2 ..... un huésped descansase en nuestras casas.

3 Y la casa en el interior (esté arreglada) espléndidamente con lujo real.

4 Toda la casa se alegra espléndidamente con lujo real.

5 Dirigiendo con un hilo los pasos inciertos (de Teseo).

Tetis y Peleo, verso 113.

Errabunda regens tenuo vestigia filo.<sup>1</sup>

Virgilio, Eneida, Libro X, 844.

Canitiem multo deformat pulvere.<sup>2</sup>

Catulo, Tetis y Peleo, verso 224.

Canitiem terra atque infuso pulvere foedans.<sup>3</sup>

Pero no son estos paisajes aislados los que pueden dar completa idea de la influencia que un poeta puede ejercer sobre otro, sino las reminiscencias de una obra determinada, como las que á cada paso se notan en Virgilio, del poema LXIV de Tetis y Peleo. Se comprende que en la imaginación de Virgilio vivían frescos los recuerdos de Catulo, cuando observamos que pueden parangonarse en la Eneida y las Geórgicas, hasta diez y siete pasajes del Epitalamio de Tetis y Peleo.

Todos los críticos están conformes en que las lamentaciones de Dido, del Libro IV de la Eneida, son una imitación de las de Ariadna, cuando se ve abandonada por Teseo.

<sup>1</sup> Dirigiendo con un hilo delgado los pasos errabundos (de Teseo).

<sup>2</sup> Mancha sus canas con mucho polvo.

<sup>3</sup> Y manchando sus canas con tierra y polvo derramados.

Las palabras de que hace uso la reina abandonada, el movimiento de su pasión, y los apóstrofes dirigidos al amante pérfido, son iguales en los dos poetas.

Sin embargo, en los poemas atribuidos á Virgilio, es en donde con más facilidad se puede hallar la influencia que sobre él ejerció Catulo.

No es este el lugar oportuno de discutir si el poema Ciris, en el cual se refiere la conducta traidora que Scila observó para con su padre, y por la cual sufrió la transformación que la alejara de su amante, pertenece ó no á Virgilio; pero sí es incuestionable que este poema es una imitación de Catulo, sobre todo, del Epitalamio de Tetis y Peleo.

El carácter general del poema está tomado, sin duda alguna, de Catulo, y como J. Schrader lo hizo notar, hay una infinidad de versos con giros, frases y períodos, tomados literalmente de Catulo. Además, una de las cosas que llama la atención en este poema, y la cual hizo observar Schwabe, es la predilección por el hexámetro espondeaico, más Catuliano que Virgiliano.

Entre la colección llamada Catalepta, encuéntrase también una parodia de la Oda IV, escrita como ésta, en yambos puros, para burlarse del famoso Ventidio, que de arriero se convirtió en Pretor y Cónsul, y vengó á las águilas romanas de las humillaciones de Craso. Donde Catulo dijo: